
ODA QUINTA.

AL MISMO ARCESILAO,
VENCEDOR CON EL CARRO.

Es la Riqueza reina omnipotente
Cuando á pura virtud el hombre aduna
Oro copioso, de amistades fuente,
Merced á la fortuna.

Si corres tú tras suerte tan brillante
¡Divino Arcesilao! desde niño,
De Cástor, el del carro relumbrante,
Lo debes al cariño.

Él la invernal tormenta, desatada
Contra tu casa, tutelar conjura;
Y eterna paz á tu real morada
Benévolo asegura.

Maneja el sabio con temor la rienda
Del poder con que Jove lo bendice:
De la Justicia tú sigues la senda,
Y admirante felice:

Feliz, porque tu imperio reflorece;
Feliz, porque de tu alma la grandeza,
De tu gallardo rostro resplandece
En la gentil belleza.

Nuevamente feliz, porque en Pitona
Al conquistar el premio tus corceles,
Himnos gratos á Febo el coro entona
De tus vasallos fieles.

En Cirene, verjel de Cítarea,
Al escuchar tu majestad el canto,
La primer causa de tu triunfo vea
En Jove sacrosanto;

Y sobre los magnates de tu corte
A Carroto distinga, que á la Excusa,
Hija de Epimeteo, por consorte
Siempre tomar rehusa.

*La sabia Previsión, fruto divino
De Prometeo, á su brazo asida
Con él entró cuando á los lares vino
Del ínclito Batida.*

No bien, volando en su veloce carro,
Llegó á beber de la Castalia fuente,
Y la corona conquistó bizarro
Que hora brilla en su frente.

Doce veces recorre en raudo giro
El consagrado circo. Intacta queda
La fuerte brida; ni romperse miro
Eje, arneses, ó rueda.

Integra, como el hábil artesano
La fabricó, de Crisa á la eminencia
La conduce, de Apolo soberano
A la áurea residencia,

Y ante la estatua que erigió devoto
El flechero Cretense, á fuerte viga
De pulido ciprés, ata Carroto
La dorada cuadriga.

A aquel ¡oh Rey! de quien honor recibes,
Tus favores prodiga agradecido.
¡Eres feliz, progenie de Alexibes,
De las Gracias querido!

Si la lid fué reñida, mis loores
Te erigirán eterno monumento:
A tu lado cuarenta conductores
Cayeron de su asiento.

Impávido salvando tu cuadriga,
Del circo vencedor tornas con ella;
Y hoy la llanura Líbica te abriga
Y tu Cirene bella.

Exento de reveses nadie ha sido
Ni lo será jamás. Arcesilao
Rige feliz, por Bato protegido,
Del Estado la nao.

Y ya calma le da, ya tempestades,
Su gran Progenitor: faro luciente
Es del extraño, y de sus mil ciudades
Baluarte armipotente.

Cuando su voz en la Africana arena
Sonó por vez primera, los leones
Huyeron, erizada la melena,
Del héroe y sus legiones.

Febo, de Bato y sus colonos guía,
Entre las fieras el terror mantiene,
Para que cumpla fiel su profecía
El Jefe de Cirene.

Febo, que de curar el célico arte
Enseñar á los hombres no rehusa;
Que ablanda al hijo del furioso Marte,
Y le da lira y musa.

Él del oráculo es Numen eximio,
Que á Argos envió, y á Pilos, y á Laconia,
Con los vástagos de Hércules y Egimio,
Poderosa colonia.

Que á Esparta alabe, de mi lira espera
El orbe todo. De ella mis abuelos,
Los Égidas, vinieron hasta Tera,
Por favor de los cielos.

Introdujo en Cirene hado propicio
De muchas hostias el banquete santo;
Y á Cirene, en el Carnio sacrificio
Consagramos un canto.

A Cirene, ciudad de altas murallas,
Que de Antenor á la progenie amiga,
Vencida, no domada, en cien batallas,
Hospitalaria abriga.

Al ver á su Ciudad presa del fuego,
Nueva patria á buscar en tierra ajena
Vinieron los Troyanos, con el Griego
Que recobró á su Helena.

Y á aquella raza de ínclitos jinetes,
Ofrece el pueblo que cruzó los mares
En las naves de Bato, mil banquetes
Y humeantes altares.

Los templos aumentó con mano pía
El Fundador; y á procesión devota
Abrió la ecuestre y empedrada vía
Que apellidó *Escirota*.

Recto conduce el cómodo camino
Del grande Bato hasta la tumba aislada,
Desde la selva al médico divino,
Apolo, consagrada.

Feliz en vida y adorado en muerte
Fué el semidiós; á cada rey espacio
Para su tumba, designó la suerte
Frente al real palacio;

Y llega hasta el oscuro monumento
El aroma del cántico, que baña
Como blanco rocío y suave unguento
Del Rey la última hazaña:

Y á su espíritu da gran regocijo
La prez que á Arcesilao alta circunda;
Porque el renombre ó la virtud del hijo
En sus padres redunda.

Conviene al vencedor unirse al coro
Y celebrar á Febo: la corona,
Premio de sus trabajos y de su oro,
Él le donó en Pitona.

Alaban á mi Rey propios y extraños,
Y lo que de él pregonó ¿quién no sabe?
Es superior á sus contados años
Su mente recta y grave.

De la alígera grey ninguno puede
Al águila quitar la preeminencia:
Así de Arcesilao todo cede
Al valor y elocuencia.

En la guerra invencible balüarte,
Con las Musas jugó desde la cuna.
Es auriga sin par; y amor al arte
A gran pujanza aduna.

Tino en obrar, en el consejo acierto,
Dadle desde hoy ¡Saturnios inmortales!
El fruto de sus glorias nunca yerto
Dejen los vendavales.

Rige de Jove la alta providencia
A hombres y celestiales moradores:
¡De Bato insigne dé á la descendencia
Las Olímpicas flores!

ODA SEXTA.

Á XENÓCRATES DE AGRIGENTO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Oídme! De Venus la de ojos sin par
Y las divas Gracias el campo fecundo,
De Apolo en el templo, que es centro del mundo,
Con Píticos himnos me apresto á labrar.
A los Emenidas ofrece en su altar,
Y á tu ilustre padre, y al claro Agrigento,
De ricos cantares tesoro opulento,
La selva sagrada del Dios tutelar.

Ni fiero tormenta, ni el recio huracán
Que en la húmeda playa revuelve la arena,
Ni el que entre las nubes en invierno truena
Terrífico rayo, romperlo podrán.

Con fúlgida frente los himnos saldrán,
Y á aquel de quien eres progenie y aurigá,
Darán fama eterna: venció su cuadriga
¡Oh buen Trasibulo! merced á tu afán.

Al padre tu diestra cedió el galardón.
Las máximas sigues que, en años pueriles,
Allá en las montañas al huérfano Aquiles
Legara el austero Centauro Quirón.
*A Jove supremo, deidad de quien son
Esclavos el trueno y el rayo, venera.
Iguales honores tu pecho no quiera
Rehusar á tus padres:—tal fué su lección.*

Antiguo modelo de afecto filial,
La sangre en la guerra por su padre vierte.
Antíloco el bravo: Memnón le da muerte,
De Etiópicas huestes feroz general.
La flecha de Paris hirió al animal
Del carro de Néstor; detiénese el potro;
Ya amaga al anciano la lanza del otro;
Ya á Antíloco llama la voz paternal.

Los gritos de Néstor no apaga el tropel,
Y el hijo lo salva, sin vida cayendo.
¡De amor y coraje prodigio estupendo
Que eterno renombre conquista al doncell!
Si entre los antiguos no conoce aquél
Igual por su santa filial reverencia,
De la edad presente la justa sentencia
Donó á Trasibulo la palma y laurel.

Sin lujo ni orgullo, con noble esplendor,
De Terón á ejemplo, su regio pariente,
Sus grandes riquezas maneja prudente;
Las Musas cultiva con tenaz ardor.
¡Neptuno, de potros primer domador!
¿Quién hay que en el circo más diestro te imite?
Tan suave es su trato, que en lauto convite
Abeja parece de grato dulzor.

ODA SÉPTIMA.

Á MEGACLES DE ATENAS,
VENCEDOR CON LA CUADRIGA.

De Alcmeón al gran vástago canto,
Que corceles maneja robusto:
A la espléndida Atenas es justo
De mi canto por base poner.

Qué familia, qué patria más noble
Ostentar pueda Grecia no veo,
Que la ilustre ciudad de Erecteo,
Cuya fama se extiende doquier.

Construyeron sus hijos á Apolo
Rico templo en la diva Pitona.
La de Jove preciosa corona,
Que en Olimpia supieron ganar;

Y de Cirra los dos; y las cinco
 Que en el Istmo adornaron las frentes
 ¡Oh Megacles! de tí y tus parientes,
 Hoy me mueven la lira á pulsar.

Al saber tu reciente victoria
 Me inundó celestial regocijo:
 De mirar solamente me aflijo
 Que la Envidia te sigue tenaz.
 Pero enseña la triste experiencia,
 Que aun en medio á la dicha más pura,
 Viene siempre fatal desventura
 A turbar de los hombres la paz.

ODA OCTAVA.

À ARISTOMENES DE EGINA,
 LUCHADOR.

¡Oh Paz, hija divina
 De la Justicia, cuya augusta mente
 A la bondad se inclina;
 Para los pueblos de riquezas fuente,
 Que las supremas llaves
 Tienes de guerras y consejos graves!

La espléndida corona
 Que rendido te ofrece Aristomenes,
 Y que alcanzó en Pitona,
 Recibe ¡oh Diosa! pues á dicha tienes,
 Según las ocasiones,
 Distribuir y aceptar preciosos dones.

Si turba sediciosa
Se atreve á dirigirte golpe rudo,
Le opones valerosa
Brillante acero y refulgente escudo;
Y sumergirla sabe
Tu diestra, en la sentina de tu nave.

Ignoraba Porfirio,
A Jove al desafiar, que tus estancias
Asaltar, es delirio.
Asegura pacíficas ganancias
Voluntario presente:
El crimen precipita al más valiente.

Ni Tifón de Cilicia,
Monstruo de cien cabezas arrogantes,
Huir de la injusticia
Pudo, ni el mismo Rey de los Gigantes.
El rayo al uno hiere:
Con las flechas de Apolo el otro muere.

Apolo, á quien el arco
De blanca plata refulgente adorna,
Al hijo de Xenarco
Abre los brazos; que de Cirra torna
Coronado de flores
Del Parnaso, y de Dóricos honores.

A las Gracias ajena
La Isla no es, en verdad, de cuyas leyes
La fama el mundo llena.

La alta virtud de sus gloriosos reyes
(De Eaco raza ilustre)
Desde el principio le prestó su lustre.

Madre y nutriz preclara
De vencedores mil, bien en combates,
Bien en juegos, declara
La dulce voz de innumerables vates
De Egina á la isla bella,
Que entre los hombres sin igual descuella.

¡Ay infeliz! No puedo
Sus glorias celebrar á mi albedrío.
¡Oh lira! Tengo miedo
Con largos himnos de causar hastío.
Lo que mis pies delante
Tienen, corriendo bastará que cante.

Tu victoria reciente,
De tu patria feliz timbre postrero,
¡Heroico adolescente!
Haré que vuele por el orbe entero.
En la lucha los bríos
Imitas ya, de tus maternos tíos.

A Teogneto, Olimpia
Miró vencer, y el Istmo á Clitomajo:
No empaña, no, su limpia
Fama ¡oh garzón! tu atlético trabajo;
Y de los Midilides
El nombre acrecen tus primeras lides.

En tí cumplirse veo
 El vaticinio del fecundo labio
 Del gran hijo de Oicleo.
 Vengando de sus padres el agravio
 Con Argivas legiones,
 Frente á Tebas miró á los Epigones.

«Valor (el vate dijo)
 Que Natura infundió, por regla cierta
 Pasa del padre al hijo.
 El primero de Cadmo ante la puerta
 Que es Alcmeón no dudo:
 ¡El fúlgido dragón ved en su escudo!

»Si en el cerco primero
 Por su derrota esotro llanto vierte,
 Hoy pájaro agorero
 Le ofrece en el segundo mejor suerte.
 Mas ¡ay! día nefasto
 Guarda en casa al valeroso Adrasto.

»Verá á todos ilesos,
 Y él solo entre el ejército asaltante,
 Conducirá los huesos
 De su hijo muerto á la ciudad de Abante.»
 Tal fué el agüero oscuro
 Que hizo Anfírao ante el Tebano muro.

De gozo rebosando,
 Coronas mil en el camino arrojó
 De Alcmeón venerando,

Y con himnos dulcísimos lo mojó.
 De mi casa vecino,
 Es de mis bienes guardador divino.

Cuando al famoso Centro
 De la tierra, poco ha me dirigía,
 Él me salió al encuentro;
 Y, heredero del don de profecía
 Que honró á su padre tanto,
 Me anunció la victoria que hora canto.

¡Oh Flechador celeste,
 Que munífico imperas de Pitona
 En el recinto agreste!
 Allí le diste tu mejor corona.
 Te debe ya otras muchas:
 En su patria lidió tus *cinco-luchas*.

Los himnos que mi lira
 A cada vencedor consagra tierna,
 ¡Oh Dios! propicio mira;
 Que en ellos luce la verdad eterna.
 ¡Oh Xenarco! Tu casa
 Enriquezcan los Números sin tasa.

Quien de rico se precia,
 Y limpia de sudor muestra la frente,
 Ante la turba necia
 Podrá pasar por hombre inteligente.
 ¡Cuánto el vulgo se engaña
 Al atribuirlo á su saber y maña!

No llega á tanto el arte
De los mortales. Dios con mano santa
Las riquezas reparte;
Y mientras á unos hasta el sol levanta,
Su medida exquisita
En los abismos á otros precipita.

Megara, Maratona,
Y en tu patria de Juno la palestra,
Con tríplice corona
Premiaron ¡oh garzón! tu fuerte diestra.
Nuevo laurel conquistas
Cayendo sobre cuatro antagonistas.

¡De Pitona cuán triste
Es para el derrotado la salida!
Ni de gala se viste,
Ni sonrío su madre dolorida;
Y evita las miradas
El infeliz, por calles excusadas.

No así el afortunado
Cuyas sienes ornó nueva victoria:
Emprende entusiasmado
Vuelo sublime, en alas de la gloria;
Sólo aspira á la fama,
Y ni riquezas ni placeres ama.

Mas ¡ay! si en un instante
Nuestro carro triunfal eleva al cielo,
En otro la inconstante

Suerte lo rompe y lo derriba al suelo.
El hombre es flor de un día:
¿Qué soy? ¿ó qué no soy? ¿quién me diría?

Sombras somos: ¿qué digo?
De sombra fugitiva sueño vano;
Mas si Jove el abrigo
Nos presta de su manto soberano,
Aureola esplendente
Dorará nuestra vida eternamente.

¡Oh madre amada, Egina!
De tu isla fiel la libertad escuda.
La frente ¡oh Jove! inclina.
¡Peleo, Telamón! prestadme ayuda.
Protegerla se digne
Con Aquiles veloz, Éaco insigne.